

F. García Pavón



Cerca de Oviedo



Cerca de Oviedo es la primera novela de García Pavón, escrita durante su prolongada estancia en esta ciudad como alférez provisional. Hay por lo tanto, en esta novela, un punto de partida «realista», de experiencia personal. Aunque la narración pretenda ser trágica, es una novela repleta de humorismo, con un planteamiento costumbrista e irónico aderezado con elementos fantásticos y oníricos.

De vuelta a Madrid, animado por Carmen Laforet presentó la novela al Premio Nadal, resultando finalista del mismo en la edición de 1945.

*A la memoria de mi tío José Vicente Díaz
Golderos, en cuya casa de Oviedo viví dos años
felices.*

Noticia de veinticinco años

Hasta noviembre de 1970 que José Vergés me pidió *Cerca de Oviedo* para reeditarlo, no había vuelto a leer este mi primer libro, desde 1946 que se imprimió... Hoy, media vida después, su texto me es casi tan extraño como pueda serlo para ti, lector, que lo pones ante tus ojos por vez primera. Esto me hace repensar que nuestra vida pasada, si en determinado momentouviéramos ocasión de volverla «a ver», nos resultaría tan sorpresiva como la del ajeno.

Claro que no hay que exagerar. Lo mismo que en nuestras fotografías de jóvenes y adolescentes, si las miramos con buena voluntad, descubrimos asomos y potencias de lo que todavía somos, en los primeros escritos de un autor — éste es mi caso— hay también amagos de lo que ahora hacemos. Pero asomos y vislumbres muy suaves y enconados, ésa es la verdad.

Y no es que quiera con estas palabras volverle la espalda o desclasificar *Cerca de Oviedo*. Pero palabra, que al releerla, salvo algunos rodales que se acunaron en mi memoria, no recordaba lo que «pasaba» en la novela, cuál era el censo de sus agonistas; ni siquiera el final. Veinticinco son muchos años en la vida de un hombre, y los gozos y dolores, lecturas y experiencias, acaban por revocar la fachada de nuestra imaginativa... y corazón, con muy distintos paramentos. La mezcla de imaginación desaforada —que entonces no era moda—; de truculencia humorística, pero truculencia; de sátira despiadada, inmadurez del lenguaje, in-

fluencias literarias que ya superé, y no sé qué frescura selvática, componen un libro muy distinto a los que entonces se hacían y con cierto semeje a la literatura fantástica y simbólica que hoy gusta.

Esta mi primera novela tiene una historia bastante pintoresca, al menos en contraste con lo usual en el mundillo literario, máxime si se trata de un novel pueblerino, inexperto, y totalmente descolocado en el convenio triunfalista de la literatura de aquellos años. Esta historia que resumo a continuación, permitió, cosa inusitada, que *Cerca de Oviedo* se vendiera en pocos meses y que mi primer paso sobre el estadium literario estuviese cargado de emociones. Hasta obtener el «Premio Nadal» en 1969, a pesar de publicar en el entretanto una docena larga de libros, no me ocurrió nada parecido.

Y fue así poco más o menos. Acabados mis estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid, para mayor comodidad hice los cursillos veraniegos de la Milicia Universitaria —primera promoción— y pedí ser destinado a Oviedo, donde tenía y tengo familia muy querida. Y allí me presenté con mi gorra, mi sable y unas botas altas, el 6 de enero de 1944. Mi plan era tomarme aquellos seis meses de servicio como una vacación, hasta volver a enfrentarme definitivamente con la difícil vida profesional de un Licenciado en Filosofía y Letras. Pero por causa de la Segunda Guerra Mundial, los seis meses se alargaron año y medio, y llegué a sentirme casi un ciudadano de Oviedo. Vivía muy a gusto con mi familia. El servicio me ocupaba pocas horas y tenía tiempo sobrado para los amigos, amores, amoríos, chigres, romerías, lecturas y proyectos. Fue la época más despreocupada y alegre de mi vida. Nunca la olvidaré. Allí se afirmó mi amistad con mi compañero Julián Ayesta. Me hice amigo, casi hermano, de José María Jove. Conocí a Carlos y Luis Rodríguez Viña para toda la vida. Seguí mi trato y admiración con Emilio Alarcos Llorach, entonces catedrático en el Instituto de Avilés, y me hice nuevos amigos,

como Antonio Díaz de Liaño y Felipe Pavía Oñate, que nunca olvidaré.

Yo, que hasta entonces viví en mi pueblo o en Madrid, era la primera vez que me instalaba en una capital de provincias tan evocadora y personalísima como Oviedo. Siempre fui un devoto de Leopoldo Alas (Clarín) —sobre su obra narrativa hice luego mi tesis doctoral—, y para mí, pese a lo que me gustaba, antes que la Asturias que veía o me referían, existía la de Leopoldo Alas... Las gentes, y especialmente los políticos, que suelen depreciar a los intelectuales, no suelen reparar en que la imagen que puede quedar de su tiempo, es la que fijan escritores y artistas, la recreada con pluma y pincel, no la que pergeñan ellos con sus asuras.

Un pueblo es una sociedad reducida, conforme con su destino. Madrid, Barcelona, Londres, París o Nueva York, son ciudades de nadie y satisfechas de su papel mayestático. Pero una capital de provincias, cualquiera y donde quiera, siempre compone una imagen mixta de pueblo que no quiere serlo y de ciudad que no ha llegado a ser gran capital. Este fenómeno de ciudad provinciana, con sus múltiples matices, no lo experimenté hasta llegar a Oviedo. En cierto artículo aparecido a raíz de la publicación de mi novela y, naturalmente, muy poco favorable, decía que yo era un chico que en «Oviedo había encontrado la civilización». No, no era eso exactamente. Lo que allí encontré fue mucha belleza, un paisaje que nunca olvidaré, amigos excepcionales —desde entonces siempre he estado rodeado de asturianos—, chicas deliciosas, una vida cómoda y sin los dislates madrileños; pero también, como me hubiera ocurrido en otra capital provinciana cualquiera, ese pulso agridulce, entre orgulloso y despectivo, que caracteriza a estas ciudades pequeñas, que fueron y son el reflejo más fiel de la vida media de un país, con todas sus virtudes, grandezas, miserias y caricaturas. En las grandes capitales no se conoce la historia de la gente que tratamos. Sólo sabemos retazos

y presencias pasajeras del que nos frecuenta. En los pueblos, el conocimiento es casi excesivo, genealógico, rebotante. En las ciudades pequeñas, el «quién es quién» resulta más equilibrado, ni retazo, ni genealogía, porque entran en armonía social sectores más varios que en un pueblo. La armonía social en ese cosmos intermedio que es una capital de provincia, constituyó para mí la gran novedad de Oviedo. Naturalmente, que si yo escribiese hoy una novela sobre la capital del Principado, la haría de manera más completa y humana. Entonces, hice lo que sabía, lo que permitía mi voraz energía de jovencuelo; me quedé en la sátira de algunos aspectos, mientras el tema central de la novela discurría con unos personajes que podían ser de cualquier parte. La imaginación rebelde rebasó el encanto del escenario, que quedó como contorno desvaído. *Cerca de Oviedo*, pienso yo ahora, es novela de imaginación situable en cualquier tierra, pero con unos intercalados satírico-burlescos-simbólicos y fantásticos, referidos a Oviedo.

El escándalo que produjo esta novela en Asturias obedeció especialmente a que muchos se creyeron retratados desfavorablemente. Cuando mis amistades asturianas me decían los nombres de los sedicentes aludidos, yo quedaba con la boca abierta, por la sencilla razón de que no conocía a la mayoría o no recordaba haberlos conocido. La explicación es muy sencilla: supongo que de manera más o menos consciente conté sucedidos chuscos que me refirieron de gentes que yo no sabía quiénes eran. También ocurrió, según los comentarios de cierto periodista, que por el afán de figurar, muchos se consideraban aludidos por su cuenta. O por cotilleo hacían imputaciones caprichosas... No es que quiera yo negar ahora el aspecto satírico de *Cerca de Oviedo*, pero sí dejar en claro que hubo «puras coincidencias» abundantes.

Vuelto a mi pueblo después de licenciado, concluí la novela empezada en Oviedo. Y un buen día, me encontré con el manuscrito en la gaveta sin saber qué hacer con él. En un

viaje a Madrid coincidí en el Ateneo con mi buena y admirada amiga Carmen Laforet, que había conseguido el primer «Premio Nadal», dado el año anterior. Yo traté algo a Carmen Laforet durante mi época de estudiante. Rubia, silenciosa y modesta, pasaba las tardes enteras en la biblioteca del Ateneo. Era de las pocas chicas que entonces fumaban, y por su gesto dulce, belleza, suave acento canario y aire independiente, siempre le tuve una gran simpatía. Al encontrarla allí, como digo, me acordé de mi manuscrito. Nos fuimos a tomar un café al bar del Ateneo y la expliqué mi caso: «He terminado una novela, ¿qué hago con ella?» «Pues mándala al "Nadal" —me dijo—, a mí no me conocía nadie y me lo dieron.» Animado por Carmen, busqué las bases, hice las copias y lo envié. Llegó el día de Reyes y los periódicos traían que *Cerca de Oviedo* había sido la finalista. Era la primera vez que los periódicos de Madrid me nombraban. El recadero de Tomelloso a Madrid me trajo el número de «Destino», y allí venía yo con letras gordas, debajo de José Félix Tapia, «Nadal» de aquel año por su novela *La luna ha entrado en casa*. El periódico de la provincia, *Lanza*, echó las campanas al vuelo; y yo me creí un novelista. Escribí a José Vergés, hoy mi gran amigo, preguntándole cuándo publicaba *Cerca de Oviedo*, y me contestó a vuelta de correo: que nunca. Esta respuesta fue produjo el primer disgusto literario de mi vida. Mi padre, compadecido, a pesar de que los negocios de casa no iban muy boyantes en aquellos años terribles, dijo que no me preocupara, que él pagaría la impresión. Y heme en Madrid buscando imprenta. Por indicación de mi ilustre paisano don Francisco Martínez, alias «El obrero», me puse de acuerdo con la Imprenta Molina, situada en la calle de la Luna, número 30. Y comenzó la labor. Los impresores me dijeron que, antes que todo, el original tenía que pasar por censura. Yo, que tenía entonces una idea muy vaga de lo que era la censura, me inquieté muchísimo. Lo dije a mis amigos y en seguida me buscaron la solución. Me dirigí a un amigo

común, compañero del Ateneo, que por lo visto era censor. Conviene añadir que los amiguetes que habían leído el original me metieron mucho miedo. Según ellos, tenía mi libro sátiras, verdulerías y alusiones que no sería fácil pasar. Visité al censor, que era un ibero simpático, y me dijo: «No te preocupes, siendo tuya está hecho». Y en pocos minutos, puso no sé cuántos sellos en el original, llenó una cartulina y sin leer una línea, me dio la absolución. Que así son las cosas de la vida. Impresa la novela se planteaba el problema de la distribución. Yo no sabía una palabra de esos tinglados. Por fin me explicaron lo que era una distribuidora, y a ella me fui. La novela de un principiante, por muy finalista del «Nadal» que fuese, no era plato de gusto para un distribuidor, pero el hombre se la quedó y yo acepté las condiciones que me puso. Hacia la Navidad de 1946 salió a la calle y me llegaron las primeras críticas de mi vida. No fueron nada malas, pero a la vez, mis amistades y familiares de Oviedo me escribían alarmadísimos y adjuntaban artículos furiosos contra mi persona y texto. Por lo visto se armó un cacao fenomenal. Mis defensores y parientes tenían que callarse cuando salía el tema. Mi tío José Vicente Díaz Goldeiros, Ayesta, Jove y las hermanas Gómez Moran, me tenían al día de la borrasca. Parece que incluso se planeó una querrela municipal y que algunas librerías recibieron orden de no vender la novela. A pesar de estas medidas la novela se vendió en seguida con gran sorpresa del distribuidor.

Fue curioso que la gente, acostumbrada a la nomenclatura de la inmediata guerra civil, solía llamarla «Cercos de Oviedo». En muchos periódicos salió esta variante bélica, como si mi novela fuera una crónica de guerra, en vez de un divertimento.

Como indiqué, las críticas aparecidas en periódicos y revistas fueron más bien a favor, aunque, naturalmente, se descalificaba su desusado desenfado, caprichosa construcción, desigualdad del estilo, excesos verbales, falta de ambiente, truculencia, folletinismo, desdibujamiento de algu-

nos personajes, ligereza de juicios, etc. Lo único que se alabó con unanimidad fue mi imaginativa y capacidad de fabulación, que —según ellos— algún día daría sus frutos. De Oviedo, aparte de algún artículo ponderado, sólo me llegaron textos firmados o anónimos en los que se me ponía como ellos decían que yo ponía a los ovetenses. La idea más sostenida era que yo había escrito tal «engendro» por resentimiento, ya que una chica me había dado calabazas, y no había conseguido tratarme con «la crema de la ciudad». Alguien dijo también que yo era un enfermo mental, y no faltó, claro está, la natural inculpación en estos casos, de que yo había plagiado tipos y situaciones de «Marcos Villari», de Bartolomé Soler, de «Une vieille maîtresse», de Barbey d'Aureville, y de una novela del siglo XVII titulada «La inocencia castigada», etc.

Ésta, en pocas líneas, es la historia de mi primera novela que hoy vuelve a la luz. Cuando «Destino» me la pidió para reeditarla, se me plantearon todas las dudas naturales en estos casos. La primera idea fue de no acceder. Pero en seguida pensé hasta qué punto tiene uno derecho a renunciar a un pasado que, con todas sus deficiencias, forma parte de nuestra biografía y bibliografía, y que, por otra parte, está en cientos de bibliotecas privadas y públicas. La segunda idea fue rehacerla. Tampoco me gustó el programa. Lo hecho, hecho está con todas sus consecuencias. Ni era oportuno, ni tenía ganas, aparte de que mi cabeza y sensibilidad actual están a mil leguas de aquel entonces. Sólo cabía dar el texto original retocando algunas incorrecciones gráficas o expresivas y ciertas generalizaciones impertinentes.

Yo no escribí *Cerca de Oviedo* movido por resentimientos o angustias. Escribí esta novela arrastrado por mi pluma recién desvelada, todavía sin pulso, con la energía estridente propia de los pocos años de vida y de obra. Después de la Mancha, ha sido Asturias la tierra que más huella dejó en mi biografía. Por eso me place haber escrito un libro, aun-

que sea éste, dedicado a su capital y cercanías. Me alegra lo que divirtió y pueda divertir a muchos asturianos comprensivos, y siento de corazón si herí a alguien, antes por exceso de vitalidad que premeditadamente... Hoy, ya, todo es historia. Noticia de veinticinco años. Documento de archivo en el que sólo quedará vivo cuanto refleje de ciertas constantes ibéricas y de la evolucionada minerva del autor. Vale.

F. García Pavón
Madrid, noviembre 1970

Prólogo

Durante mi última época de estudiante en Madrid, viví en una antigua pensión de la calle del Doctor Cortezo. Era una de esas hospederías tradicionales, de habitaciones con cama de hierro, el comedor con gran mesa familiar, aparador antiguo, y en sus paredes, litografías de bodegones patinados por los humos del tiempo y del fuego.

Había una largo pasillo entarimado. A ambos lados, puertas de un color crema sucio, con sus números correspondientes pintados de negro. En el fondo, la cocina siempre en marcha, bajo la vigilancia de la ya vieja patraña, mujer pacífica, de buen natural, con moño alto a la antigua, y perito en la complicada alquimia hospederil. Para ella nunca fue problema dar de comer a diez comensales más de los previstos.

Muchos días solía yo hacer hora de la pitanza, sentándome en aquella prodigiosa cocina y departiendo con la hostelera sobre la vida y sus cosas. La buena mujer, sin desatender sus potes y frituras, seguía el hilo de la conversación con aquel aire bonachón y lento de su hablar.

Siempre me pareció que tomaba su profesión como resignada penitencia en este valle de lágrimas.

Cuando entraban y salían de la cocina las dos chicas de su servicio, la patraña, invariablemente, las miraba de reojo, como queriendo aquilatar la eficiencia de sus trajines.

Mi patraña doña Laura, casi toda la servidumbre, y la mayoría de los huéspedes, eran asturianos. Las mayores amenidades de la casa eran las tertulias que solíamos hacer

en la cocina. En ellas se añoraba la tierrina lejana, barnizada con sus verdes praderías; el cansado paso del ganado vacuno entre las nieblas y barrizales «de les caleyes»; y la vida fácil de aquellos pueblinos zumosos de leche fresca y manteca, acotados por las tenadas aromáticas y los hórreos — garañones de los prados— repletos.

Doña Laura hablaba de su tierra con el acento asturiano un poco gastado ya por el tiempo, y con los ojos humedecidos, como si viese todavía en las recámaras de su memoria aquellas gozosas romerías de la mocedad, salpicadas de gaita y concluidas con el rito cántabro de la Danza Prima.

Yo me emocionaba oyendo a aquella gente hablar con tanto amor de su tierra, y recordaba, en áspero contraste, aquellas llanuras infinitas y reseca de mi baja tierra manchega.

Los ocho o diez huéspedes de aquella seráfica casa hacíamos buenas migas, porque sabíamos sobrellevarnos con paciencia, contagio seguro de la patrona, nuestros defectillos e irregularidades, propias de toda humanidad. Pero con quien yo tenía mis mejores amistades, era con el huésped más viejo de la casa: don Andrés.

Don Andrés era uno de aquellos náufragos de la vida que, por echar todo su caudal a un solo palo —la ambición de dinero—, no supieron gustar las venturas de los otros tres.

Cuando lo conocí pasaba ya de los setenta años. Su cara gorda, granulosa y deformada, como vista en espejo barato; los ojos, cansados y enrojecidos. Vestía siempre de negro. Sobre la cabeza se colocaba indefectiblemente una negra gorra de visera. Era de los que llaman un indiano. Asturiano de nacimiento, marchó a Méjico en su primera mocedad. Volvió acaudalado y solo en el mundo, pasada la blanca frontera de las canas. Por entonces, cuando yo lo

conocí, compartía su vida de viejo roñoso entre Madrid y su aldea natal.

La vida que llevaba en Madrid era absurda. Apenas salía de la pensión por no gastar. Su mayor lujo era tomar café después de las comidas. Quienes lo conocían bien, decían que no le faltaban sus dos millones de pesos.

A pesar de todas estas cosas, yo me encontraba a gusto departiendo con él. Su vida estaba llena de dolorosas experiencias y gustosas anécdotas, no todas muy saludables ciertamente, que me contaba día a día, con un dulce fluir de pormenores y comentarios. Él sabía cuánto me agradaba oírlo, y no desperdiciaba ocasión para descargarme alguno de sus recuerdos.

Mi vida es tan corta, que poca competencia podía hacerle yo en aquello de contarle cosas de mí; sin embargo, le hablaba de mis ilusiones para el porvenir, mis esperanzas de ser novelista y de triunfar en mi vida íntima más que en la vida de todos.

Una noche de junio, después de terminar mis exámenes finales de carrera, charlábamos don Andrés y yo de pechos sobre el balcón del comedor. La estrecha calle estaba ya poco concurrida. Después de un largo silencio, habló largamente. Se refirió a mis aspiraciones, a la idea que yo le había expuesto de hacer durante el verano un viaje a Asturias, para escribir una novela de ambiente.

En primer lugar me hizo profundas consideraciones sobre lo poco lucrativo de la carrera que pensaba emprender. Luego, él mismo cedió, amargando un tanto su tono, y diciendo que quién sabía dónde estaba la verdad de la vida.

Después de este preámbulo un tanto vagoroso, me preguntó si tenía ya argumento para la novela proyectada. Le dije que no, que pensaba hallarlo allí. Él, entonces, empezó a hablarme de una familia conocida suya, cuya extraordinaria vida merecía ser historizada. Eran unas gentes que vivían en un chalet próximo a su casa...

Creyó preferible no contarme nada de ellos, sino darme una carta de recomendación, que me pusiese en contacto con las dos únicas supervivientes de la familia, dos jóvenes al parecer, y sobre el terreno ir tomando notas. A mi regreso se comprometió a aclararme ciertos detalles que yo no podría alcanzar seguramente.

Me añadió que la empresa no sería muy fácil, pero que, de haber suerte, la cosa merecía la pena. Don Andrés me acreditaba este extremo, certificándome que en su larga vida no había visto ni oído nada parecido a lo que ocurría y había ocurrido en aquella casa.

Tres días después, tomaba yo el correo de Asturias con una carta en el bolso, en la que rezaba la siguiente dirección:

Srta. Covichi de Calasanz.
«Villafierru». Oviedo.

Uno de los párrafos decía: «... como el portador de la presente no conoce a nadie por ahí, he pensado que vosotras podríais orientarlo en sus primeros pasos de vida asturiana...»

Llegué a Oviedo casi a medianoche. Un mozo se hizo cargo de mi equipaje; y di mis primeros pasos por la principalísima y elegantemente húmeda calle de Uría. Tomé habitación en un conocido hotel, y comencé mi vida asturiana.

Pasó un mes, hasta que decidí utilizar la carta de don Andrés. Antes preferí ambientarme en Oviedo y sus alrededores, con la compañía de otros amigos jóvenes y bulliciosos que yo tenía por allá.

Una tarde neblinosa y aceda, que estaba indeciso sobre la cama de mi habitación, mirando por el balcón el cielo gris y cansino, pensé dar los primeros pasos de esta mi proyectada novela.